



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9900

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

MIERCOLES 31 DE OCTUBRE DE 1904.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de vellón coste. — Responsables en España, A. Lorente, rue Caumartin, 61, y J. Jonda, Faubourg Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social:

MADRID, CALLE OLIZAGA N. 1
(Paseo de Recoletos.)

Subdirectores:

SRA. VIUDA DE SORO Y COMP.
Cartagena P. Caballos, 15.



GARANTÍAS.

Capital social efectivo. Ptas. 12.000.000
Primas y reservas. 42.889.747

TOTAL. 54.889.747

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS.

Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acrecienta la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de ptas. 66.226.307.77.

SEGUROS SOBRE LA VIDA.

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía

M. LEONIE BROUTIN

Modista de Sombreros de París

Todos los días hasta fin de Noviembre.

FONDA FRANCESA

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramientas agrícolas. Arados, espino artificial, palas, azadas, machetes, azadas para viñas, legrones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crotas, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetonas en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardinerías, carrichos de surtideros, sillas, bancos, mecedoras y mecedoras, muebles utilitarios y de exquisitez, confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL
PUERTA DE MURCIA, 88, 40 Y 42

RECUERDOS.

Ha pocos días publicó *Le Gaulois*, con el título de *Recuerdos*, un artículo del distinguido escritor francés M. G. Cornélie, que ofrece indudable interés de actualidad.

En la crónica de que nuestros abonados ya leerán, con gusto, he-mas traducido al texto más notable de dicho artículo.

La simpática y noble figura del Czar es para mí inseparable de un conjunto de recuerdos de fiestas y esplendores, que hoy se avienen muy poco con las tristezas de hoy y recordan el *Vannus varietatum* del glorioso y ilustre Salomón.

Yo he vivido cerca de un mes en la sombra luminosa que proyectaba sobre Moscú la guerra, en aquella imponente, y me han quedado de aquel tiempo, en el cerebro y en los ojos, resplandores que no pueden ser borrados por los funebres apretos de Livadia.

Lo vi por primera vez en Gata-

china. El tren que nos conducía á San Petersburgo llevaba también á su cuñado el príncipe heredero de Dinamarca, y Alejandro III vino á esperarle en la estación.

Alejandro III, con uniforme de general, cubierto con su capote, me pareció un soberbio soldado, de aspecto dulce y bonachón, casi tímido, que miraba fijamente hacia adelante, sin distraerse lo bastante para olvidarse de responder á nuestros saludos.

A su lado estaba S. M. la Emperatriz, linda, graciosa, morena, de aire despejado, y casi adelantándose con un encantador movimiento de cabeza á responder á nuestros testimonios de respeto.

Hace once años de esto. El Czar, que era más joven que nosotros y que parecía un coloso de fuerza y de salud, ante nuestros débiles overpos, nos ha tomado delantera, y las alegres sonrisas de su adorable compañera han sido sustituidas por lágrimas desesperadas.

Algunos días después salimos de San Petersburgo para Moscú. Quince horas de expreso, en un tren que precedió al tren imperial, sirviéndole de explorador para probar la solidez y seguridad de la vía.

No teníamos que temer nada, en realidad, porque viajábamos entre dos filas de bayonetas. Habían sido movilizados treinta mil hombres para guardar la vía en toda su extensión, y de cincuenta en cincuenta metros, á cada lado del tren, presentaba las armas un centinela.

En Moscú esperamos al Emperador. Subió con la Emperatriz en un carruaje descubierto, y sin pasar por la ciudad se dirigieron al palacio de Petrowski, que habitó Napoleón I en 1812, después del incendio del Kremlin. Allí vi lo que es un Czar para el ruso. Los aldeanos que habían acudido para ver pasar á su Emperador se prosternaban en el polvo y abrazaban las huellas que dejaban en el suelo las cuatro ruedas del *landeau*.

Después verificóse la solemne entrada en Moscú. Comodamente instalado en una almena de la alta muralla de la grilles que marca el recinto del

Kremlin, veía debajo de mí la plaza Roja. El inmenso rectángulo estaba cortado en su sentido longitudinal por una ancha faja de arena, custodiada por dos filas de soldados del regimiento Paulovsky, de nariz remangada y tez cobriza, los mismos que Gros ha puesto en su cuadro de la batalla de Eylau.

Detrás la multitud rusa, es decir, la multitud dócil, silenciosa, cuyos sombreros achatados producen la ilusión de una inmensa superficie de galletas negras. De trecho en trecho, delante de las iglesias los *popes*, con sus trajes de gala, formaban manchas doradas.

El cañón retumbaba sin interrupción. Todos los ojos estaban entornados hacia la entrada de la plaza, del lado de la bóveda que precede á la famosa capilla de Nuestra Señora de Iversky.

A las doce aparecieron bajo esta bóveda los cascos de los *caballeros de la guardia*, un manso río de acero.

Era la cabeza del cortejo imperial.

Entonces estalló un ruido ensordecedor y grandioso, formado por hurras frenéticas, cañonazos, repiques de campanas de las iglesias y del convento (cuyos monjes se colgaban como bandada de golondrinas de las cuerdas de los campanarios), cánticos de doce mil niños de las escuelas colocados sobre gradas delante de nosotros y dirigidos por ciento cincuenta directores de orquesta.

Recuerdo todavía que entre aquel clamor colosal solo oía yo distintamente el piar de los gorrones posados sobre las ramas de las plataneras, debajo de mí misma, y que se desgajaban por hacerse oír en medio del inverosímil ruido.

Los animalitos cantaban tanto por el Czar.

Detrás los dragones, el bosque de lanzas de los cosacos; después las águilas de plata de los *caballeros de la guardia*; el grupo de príncipes de Asia; después, en fin, el Emperador.

Alejandro III montaba un pequeño caballo gris perla, sobre el cual había hecho la campaña de Turquía, y que habiendo estado al trabajo, estaba también á la gloria. El trabajo no es una vana palabra, porque el jinete que pesaba sobre los débiles riñones del bruto, era un hombre de alta estatura y de respetables carnes.

El Emperador llevaba uniforme de general de división, es decir, chaqueta negra, pantalones negros y anchos encerrados en la bota, y el gorro de astrakan blanco. A su lado, sobre un poney, el príncipe heredero, el Czarewitch, que se llamará Nicolás II.

Detrás de ellos los grandes duques y un Estado Mayor de 300 ó 400 jinetes vestidos con todos los uniformes del mundo.

Y siempre la caballería de primer orden, envuelta en la gasa blanca que no dejaba ver más que el brillo de los diamantes y de dos hermosos ojos negros, veía la Emperatriz en un carruaje dorado rodeada por seis caballos blancos. A su lado

una niña de ocho años, la gran duquesa de Dénia, que se parece á su madre como una gota de agua á otra gota de agua, enviaba besos á la multitud.

La Emperatriz, visiblemente nerviosa, levantábase de su asiento de rato en rato, y trataba de desentrambrar entre la masa de ginetales el esposo y al hijo que creía en peligro.

El día de la consagración vi pasar otra vez el cortejo imperial, que se dirigía á la catedral bajo un pálido llevado por 24 generales de división.

El pálido acababa de llegar á la gran puerta. El Emperador y la Emperatriz dan algunos pasos hacia adelante y se detienen ante el Metropolitano de Moscú, que les arenga.

La corte del Kremlin en este momento está silenciosa como una tumba; pero los rumores de fuera no permiten oír.

Veo al Emperador buscar con la mano izquierda en el bolsillo de su levita el pañuelo, que no encuentra. Entonces el soberano se enjuga las lágrimas con sus manos, enguantadas de blanco.

Llora como un niño ante aquel anciano, que en su discurso hace alusión á los infortunios de la familia imperial, á la muerte de aquel hermano mayor de Alejandro III, que en su lecho de agonía le había legado la corona de todas las Rusias y su prometida, la Emperatriz, que está allí, palpitante, en brazos de su esposo.

El metropolitano alude también á la catástrofe del canal Catalina.

Es un espectáculo verdaderamente bíblico el cuadro de aquel sacerdote de barba blanca, con el aspecto majestuoso de la ancianidad, delante de los dos jóvenes, que lloran, en el seno de la omnipotencia imperial, sobre el pavimento de aquella catedral histórica, donde sus antepasados han venido á ceñir la corona de Rusia.

Después de la ceremonia religiosa, organizóse la incomparable procesión. Los soberanos habían vestido el traje imperial. Alejandro III marchaba majestuoso como un Carlo Magno bajo el manto de oro forrado de armiño y la corona cubierta de piedras preciosas; llevando el centro con el famoso diamante de los 22 millones y la montaña de luz, que contenía en germen los rayos del sol, para pasearlos por las naves y las tribunas, como esos espejos con que juegan los niños.

Algunos minutos más tarde, yo fui el único, entre los europeos que habían acudido á Moscú, sin exceptuar al cuerpo diplomático, ni los embajadores extraordinarios que pude, gracias á la superchería inventada por un amigo oficial de caballería de la Guardia, asistir al banquete de gala celebrado en la Granvitrala Palata, el comedor del palacio de Yvan el Terrible.

Hubo también espectáculo de gala. El Emperador salió con uniforme de caballería de la Guardia, y su primer movimiento al entrar en el Palacio imperial, fué dirigir sus ojos á un palco segundo, donde estaban apilados los representan-

tes de la prensa, cuyos fracos negros formaban una mancha negra entre los esplendores de la sala.

Alejandro III sonrió y dijo: «¡Ah! ¡aquello son los nihilistas!»

«¡Los nihilistas!» El Emperador se burlaba, pero de labios afuera, porque todavía estaba muy reciente el recuerdo de una guerra que había costado la vida á Alejandro II. También estaban cerca los diversos atentados que rodearon de terror á la familia imperial.

Me acuerdo perfectamente de que en Moscú, dos días después, cuando entró en la sala Blanca, donde la nobleza le ofrecía un gran baile, el Czar, por un movimiento instintivo, penetrando en aquella multitud compacta, nos miró á todos de arriba á abajo.

No hemos estado al corriente de todos los atentados, de todos los complots, de todas las sombrías peripecias que han entristecido esta existencia imperial, porque el gobierno ruso, desde hace algunos años, ha suprimido la publicidad de los procesos y de los castigos; más se me figura que en esta lucha gigantesca y escondida entre algunos millares de malvados que representan la barbarie moderna y el Czar, que representa la civilización y el progreso de Rusia, Alejandro III ha sido una víctima.

No es necesario admitir la leyenda que circula y que lo presenta sucumbiendo á consecuencia de un envenenamiento. Esta vida de perpetuos temores explica, por una depresión moral, la invasión de un mal que destruye, en la edad adulta, á un hombre que parecía hecho para vivir cien años.

TIJERETAZOS

Dice un periódico de Almería que en la carretera de Granada ha volado el coche correo que conduce la correspondencia de Madrid y demás provincias de Levante.

Sin duda el mismo avión ha hecho mangas y capotas con el mapa de España y ha colocado á Madrid al Este de Almería.

Seponemos que habrá sido sembrada una cantidad de bombas para sembrar el fanatismo.

Y hay más en esa vuelo del coche correo, según dice el periódico de donde tomamos la noticia.

No han ocurrido desgracias personales.

Señalamos que el avión resultó con varias lesiones en los respectivos cerebros.

Sin duda para el obispo el rayo y el rayo del mal coche correo, fortuna que le ha costado la vida.

De ahí el asunto de que no se recorda si hubo desgracias personales.

Está clarísimo.

El mayor y el zagal no son perso-

nas. La suscripción de los periódicos de la Figaro de París para pagar el método curativo de la diabetes que es la ventería del doctor Ross, asciende ya á cerca de cuatrocientos mil francos.